

Nuestra Desventura -Capitulo 1-

Di Rojas

Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 1

Todos los días tenía una rutina clara. Años sin tener ningún accidente fuera de lo usual, siempre lo mismo.

Despertaba, temprano al alba. Luego de asearse, tomaba un desayuno ligero, se ocupaba de las cosas del hogar, en la medida que su madre salía de la cama para pasar un rato en conversaciones con Beatrice.

Beatrice era su compañera. No recordaba poder realizar nada sin ella. Principalmente se ocupaba de ayudar con el cuidado de su madre que había perdido la conexión con la realidad hacía muchos años, ella se había instruido, había sacrificado su reputación y su futuro solo por darle a su buena madre un final más digno.

Se había vuelto su amiga cuando ambas tenían la tierna edad de 6 años. La madre de Anais decidió hacerse cargo de ella, cuando se dieron cuenta que había estado conviviendo por meses con su familia muerta, todos se habían enfermado de forma fulminante, la pequeña no tenía a quien recurrir. Se mantuvo viva a duras penas con la reserva de comida que tenían para el invierno.

Sola y abrumada, se aferró con fuerza a su nueva madre y hermana.

Perteneían a una familia que había visto tiempos muy fructíferos, pero actualmente su escasa riqueza se destinaba enteramente a apaciguar la enfermedad que aquejaba a su madre. Todo ocurrió un trágico día, Anais había salido a hacer las compras al mercado, como era de costumbre y, la oscuridad se habría llevado la vida de la matriarca de no haber estado Beatrice en la casa realizando los quehaceres.

Desde ese entonces no podía ni abotonarse sin supervisión.

Anais agradecía cada día que pasaba con Beatrice, siempre atenta, siempre consolante. Era capaz de hacer ver cualquier tipo de problema como algo insignificante, incluso cuando se dieron cuenta que no podrían mantener la casa que las tres habitaban por muchos meses más, ella se encogió de hombros y dijo con una sonrisa tímida:

-Ya saldremos de esta-

Pero algo entristecía profundamente a Anais. Las personas que vivían en el pueblo no querían a Beatrice, aun sin siquiera conocerla, decían cosas

como "Está maldita" "Ella asesino a su familia" "Es una bruja" entre un montón de otras cosas igual de horribles. La primera vez que Anais escucho estas acusaciones llego llorando a casa, Beatrice lo notó y le dijo que no hiciera caso, eran solo personas irrelevantes. Incluso, para sanar su angustia le dijo que ella podía ver el futuro de ambas.

-¿Nuestro futuro?-

Claro- Dijo con una sonrisa amplia -Vamos a Salir de aquí, y esas horribles personas no podrán volver a hacerme daño-

Desde entonces solo los miraba con recelo y se dedicaba a hacer sus cosas, ellos no tenían idea de quién era Beatrice en realidad.

Los días pasaban lentos, pesados, como en un eterno atardecer sin llegar nunca la noche, todos los días era lo mismo, la misma gente, la misma casa, la misma rutina.

Hasta que lo conoció.

Extrañamente un día, Beatrice se despertó muy temprano y le pidió a Anais un favor particular.

Hoy compra un ramo de flores, las que más te gusten-

-¿Flores?, ¿Estás segura de eso?... Ayer en la tarde llego el cartero diciendo que el banco nos va a desalojar si no pagamos, estaba pensando en vender los muebles y las antigüedades, si estamos juntas podremos solucionar eso... yo...-

Beatrice interrumpió bruscamente, casi fuera de sus casillas

-Flores, Anais, el ramo más lindo ¿Puedes hacer eso por mí?-

Titubeo, pero finalmente asintió y salió rauda, a la misma hora de siempre. Compró la comida de siempre y luego se quedó mirando los ramos de flores.

Amaba los colores vivos. Celeste, violeta, rojo, amarillo... Por un momento la imagen de las flores le causó gran angustia, recordaba a su madre vistiendo ropas coloridas llenas de cintas y blondas, a su padre riendo, con su pipa llenado la sala de un olor embriagante.

Algo la devolvió a la realidad, ¿Sería un niño gritando mientras jugaba, o el sonido de las ruedas de algún coche? No importo, tomó el ramo de flores con más variedad de colores, que curiosamente era el más grande y

salió de allí.

Lamentablemente cada paso fue un tormento, si no era la cesta llena de verduras y frutas, era el arreglo de pequeñas ramitas que le golpeteaba la cara, los tacones tendían a meterse en pequeñas hendiduras del suelo mal cuidado. Estaba a punto de lanzar todo al suelo cuando escuchó la voz de un hombre.

-Una dama no debería cargar tantas cosas-

Gracias al gran tamaño del ramo de flores, Anais solo era capaz de escuchar, más no de ver a su interlocutor.

-Pues, señor, estoy haciendo lo que puedo. Si desea continuar criticándome, le sugiero que se aparte de mi camino o finalmente las flores le sentarán de sombrero-

Escucho dos risas, una muy estruendosa y la segunda un poco ahogada.

Usted es una dama interesante, más quisiera saber cómo es el rostro de una mujer que es capaz de decir tan duras palabras-

Entonces sintió un tirón, le intentaba quitar el ramo de las manos

Señor, reitero, no necesito de su ayuda, de la ayuda de nadie, tengo que llevar estas flores a mi casa...

Luego peleaban por el ramo, las flores saltaban de un lado a otro, mientras los tacones no estaban ayudando y Anais podía sentir como las papas, rábanos y naranjas salían de una en una de la cesta.

-Señorita, no veo que este en posición de reusarse-

Otro tirón más y el hombre demostró tener más fuerza que ella, su mano era mucho más grande y, de un solo tirón las flores salieron desprendidas por los aires, dejando una pequeña lluvia de pétalos multicolor.

Anais estaba roja de ira, recordaba las palabras de Beatrice retumbando en su cabeza "¿Puedes hacerlo por mí?"

Señor, usted es un descortés, de haber necesitado ayuda, bien se la habría pedido. Espero que esté feliz. Ahora he perdido lo que mi más quería amiga me pidió tanta urgencia-

Las palabras se le quedaron atoradas en la garganta como grandes piedras secas cuando vio la cara del hombre causante de sus problemas.

Tenía unos ojos grandes, brillantes de color verde claro, una tez muy pálida, el cabello oscuro muy revuelto, barba y bigote que le hacían juego. Si bien su rostro era poco común lo que dejó sin palabras a Anais era que tenía una gran sonrisa en la cara, una extraña expresión de fascinación.

-Se... Señor, teniendo en cuenta lo ocurrido, me retiro a mis labores. Con su permiso-

No recordaba en qué momento había soltado la cesta y, tampoco se había percatado que todo su contenido había salido disparado por la calle. Menos aún que había otro hombre, igual de joven, de cabello rubio recogiendo sus verduras. En un instante de desesperación volvió a mirar al primer hombre y este ya estaba más cerca de ella.

-Quisiera disculparme, señorita. Debo admitir que su comportamiento me dejó atónito, usted comprenderá, no existen muchas mujeres que respondan de esa forma a un hombre que desea prestarles ayuda, además, admito que su rostro es muy peculiar, de hecho, en este momento hace juego con su cabello. Rojo como la sangre.-

Ella sentía el calor del verano en sus mejillas. No sabía que debía hacer en una situación como esta. Entro en pánico. Caminó, y luego corrió. No recordaba cómo entró en su casa ni como terminó debajo de toda su ropa de cama. Sentía un calor profundo en todo el cuerpo y un frío desgarrador en la espalda. Hasta que escucho la voz de Beatrice.

-Querida, además de notar que estas oculta como un molusco, me gustaría saber qué ocurrió con la comida, ¿Dónde está la cesta?-

Anais se limitó a moverse un poco bajo el peso de la ropa.

-Vas a tener que salir de ahí y darme una explicación humana. No es el mejor momento para que estés abandonando la comida en cualquier parte. Hoy mismo tu hablabas sobre qué hacer con el tema del desalojo...
-

Trago saliva, quería pensar que lo que ocurrió habría sido solo un mal sueño, pero no le dio tiempo de volver a pensarlo. Escucho la puerta de la casa. Luego escucho pasos, luego susurros, luego la puerta volvió a cerrarse. Entonces la ropa de cama se elevó sobre ella.

Vio aterrada como estaban los dos hombres del mercado en el recibidor de la casa y, Beatrice la atravesaba con la mirada.

-Quiero que te levantes y te disculpes- Dijo entre dientes- Estos dos buenos hombres me contaron que dejaste la cesta abandonada luego de rechazar su ayuda, además, no se si lo notaste, pero parecen no ser del

pueblo-

Por primera vez podía vislumbrar sus ropas. Claramente eran más llamativas de lo normal, llenas de detalles, bordados y dorados. Sus zapatos parecían nuevos. Entonces se puso de pie, se arreglo el cabello y salió rauda, a recibirlos.

El hombre con el que forcejeo fue el primero en hablar.

Señorita, quisiera disculparme, mis modales no son los más adecuados. Trajimos sus cosas y cómpranos nuevamente sus flores. Quiero disculparme por el alboroto. Mi nombre es Dante-

Hizo un gesto con la cabeza.

Y mi acompañante es Nicolai, un amigo de la infancia. Hace mucho tiempo que no tenía oportunidad de salir, y hoy al verla tan atareada no pude evitar intervenir, espero que acepte mis disculpas-

Se horrorizo, ahí estaban, en el recibidor de su casa, el hombre no sólo había traído su cesta con las compras, y vuelto a comprar un ramo muy similar al destruido, sino que además había comprado otro, igual de hermoso. Miro a Beatrice, quien mantenía una expresión extraña, tenía los rasgos tensos.

-Señor, quisiera poder aceptar estos presentes. Pero la verdad es que no puedo dejar pasar el agravio público por el cual usted me hizo pasar hoy. No quiero ser descortés con un extraño, pero la verdad es que agradecería enormemente que se fuera, se llevara las cosas que compro y no volviera a verlo nunca más-

Entonces los ojos de Dante centellearon nuevamente, volvió esa expresión que tanto la intimidaba. Entro en pánico, se dio la media vuelta y dejó el salón.

Se quedó apoyada contra una pared, con mucha fuerza, como deseando fundirse con el papel tapiz. Finalmente volvió a escuchar la puerta cerrarse.

Querida... Logre que ese amable hombre se retirara con su acompañante luego de que le prometí que conservamos las cosas que trajo-

Beatrice hablaba muy fuerte, paso junto a Anais sin hacerle el menor caso.

-Quiero pensar que estás entendiendo esta situación. Somos dos jovenes sin compromiso viviendo con una anciana que no sabe donde está el sombrero que lleva puesto y tu eres capaz de rechazar ayuda tan

preciada...-

Caminaba, con pasos marcados, muy sonoros.

Te aconsejo, sin ánimo de obligarte que reconsideres tu posición. Vallas y te disculpes con él.-

Entonces Anais volvió del trance. Sentía como el aire no pasaba bien por su garganta.

No. No puedo retractarme, ese hombre es un descortés, desagradable, un fastidio. Va a arruinar nuestra tranquilidad. Quiero que se aleje.-

Beatrice soltó un bufido.

-¿Quién crees que es? ¿Un granjero que quería levantar tus faldas? ¿No viste como estaba vestido? Evidentemente debe tener dinero... Dinero que no tenemos y necesitamos con suma urgencia. Vamos a quedar en la calle, como pordioseras.-

-Te he dicho que no, ese hombre tiene algo que no me agrada, es la forma en que me mira, es como si... como si...-

Beatrice apareció de golpe, con las manos en la cintura, levantando la mirada.

-¿Como si te deseara?-

Después de ese evento las cosas volvieron lentamente a su usual ritmo, sólo que de vez en cuando llegaba una canasta con comida, regalos, ropa e, incluso un gato. Todas las veces la acompañaba una nota que estaba firmada por Dante.

-¡No lo puedo creer!-

El grito retumbo por la casa entera, Anais quedó perpleja y corrió a la entrada.

-¿Ocurre algo? ¿Estas bien?-

Beatrice tenía entre las manos un collar con relucientes brillantes, como diminutas estrellas capturadas delicadamente. En el centro, coronando su belleza, una gema grande, roja como el fuego.

-¿Eso es...?-

-Si. Tu admirador no correspondido lo envió. Es hermoso... ¿Qué más

quieres?-

La mirada de Beatrice nuevamente la atravesaba como una espada, por la mitad del cuerpo. Sabía que había sido ese hombre que le atemorizaba. Entonces juntó valor y tomó una decisión.

Esto ya se ha salido de control. Es demasiado. No podemos aceptarlo. Voy a regresar justo en este instante-

Tomó rápidamente un abrigo y, con el collar de estrellas dentro de un canasto salió en búsqueda del hombre que insistió en su perdón. Tomó un carro lo antes posible y dictó una dirección que estaba escrita en todos los reversos de las tarjetas.

Tomó un largo tiempo, pero ya caía la noche profunda cuando llegó a la entrada de un jardín. El cochero le aseguró que esa era la única entrada.

Se arrojó con fuerza y empujó el pesado portón de metal macizo.

Se encontraba extrañamente abierto. Parecía olvidado. Parte de otra época. Estaba lleno de enredaderas sin cuidar y arbustos con espinas. Algunos árboles habían crecido y muerto ahí. A duras penas se abrió paso entre la maleza. Finalmente y luego de un arduo camino encontró una mansión.

Pesada, descuidada, parecía que la edificación misma se envolviera en un manto de tristeza. Sin pensarlo mucho se aventuró a llamar. Tomó uno de los pomos, lleno de polvo, que tenía la forma de una quimera con la boca abierta.

Entonces nadie respondió por un largo rato. Fue suficiente como para que sintiera un profundo arrepentimiento de estar allí. Suficiente como para comenzar a entrar en pánico. Volvió a tocar, con más fuerza. Una vez, dos veces, tres veces, luego gritó, hasta que harta y asustada pateó la puerta principal y, ésta se abrió un poco. Suficiente como para que pasara.

No tenía más opción, era tarde, no sabía como regresar. Se adentro a la oscuridad misma. La luz acogedora de la luna no era capaz de sobrepasar el grueso manto de penumbra y dolor. Creía que hasta las paredes sollozaban. Lo que la mantuvo caminando fue la tenue luz de una vela.

Se movió con el cuidado de un ratón, temiendo que el recibimiento fuera peor que estar sola a la intemperie. Entonces recorrió un pasillo, luego otro, entró por una puerta y encontró la vela. Bailando sobre un mesón, y en el suelo, un hombre.

Instintivamente se abalanzó sobre él, al ver su expresión de dolor y, claramente el beso de la muerte en su cuerpo, soltó un grito desde sus

entrañas, desde lo más profundo de su ser, tal vez desde su alma.

Parecía una pesadilla, un cuento, una fábula, una cruel mentira. No supo en qué momento apareció en la habitación el hombre por el cual buscaba. Dejo que la ayudara a alejarse del cuerpo y ambos salieron de la habitación.

-¿Está bien?-

Él la miraba con esos ojos grandes y expresivos, más pálido de lo que recordaba. Agitado, incluso sudando.

-Si. Estoy bien. ¿Qué pasó? ¿Quién es?-

Sin pensarlo dos veces Dante salió corriendo, dejándola aturdida, sentada sobre un sillón con abultados cojines. Esperaba despertar de una buena vez, pero eso no ocurrió. Apareció más gente, entrando y viniendo del cuarto, hasta que se le acercó nuevamente Dante, con esa expresión de horror aun en el rostro.

-Debes necesitar algo de agua, debes estar asustada... debes...-

Parecía sumergido en sus pensamientos, en un mundo que era intangible. Pantanoso. Entonces vio la realidad, él tenía miedo. Entonces tendió su mano, timidamente y la puso sobre su mejilla. Como si lo sacara de un hechizo.

-Era, él era mi padre. Esta muerto. Muerto... Quiero agradecerte, si no lo hubieras encontrado, habría estado quien sabe cuanto tiempo ahí, sólo. No hablábamos hace años. Yo ocupo el otro extremo de la casa. El estaba enfermo. Lo sabía, siempre lo supe. Deseé tantas veces su muerte... Tantas...-

La miro, con esos ojos extraños. Pero ya no tuvo miedo.